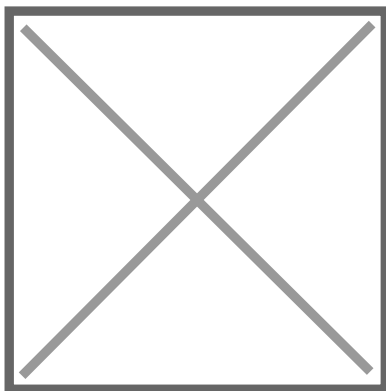




Salvador Reyes: Tripulante del Sueño

por Hernán Poblete Varas

Corsarios, exploradores y marinos van tras la aventura en cada uno de los 22 libros que publicó el autor de «Mónica Sanders». El océano y la nostalgia del puerto fueron los escenarios eternos de su prolífica imaginación, elogiada por la crítica y distinguida con el Premio Nacional de Literatura 1967.

“Al lado suyo (de Augusto D'Hallier), el más ágil, inteligente, audaz y decidido, Salvador Reyes, amaba el mar, estaba pipo, navegaba continuamente entre piratas, galeones y capitanes de barcos peligrosos, una viciosa en verso, con una frecuencia en prosa, y tenía como ninguno el don de la juventud”.

Al lado de D'Hallier, a este capitán de los sueños, nacido en Talca o Copiapó (ambos se lo disputan) en 1899 y muerto en la capital contaminada y burocrática en 1970. Viajó mucho, navegó mucho y escribió mucho: veintidós obras, entre poesía, novelas, cuentos, relatos y ensayos. Amigo y discípulo de D'Hallier, el fundador del imaginismo —esa dicha para rescatar el culto de las escuelas literarias— se podría decir de él que introdujo la fantasía y la imaginación en las letras chilenas. Se echaba a volar, como pájaro de la costa, sobre los mares surcados por coraceros y cazadores de ballenas y con el mismo alar se perdía en las caligines de los puertos donde abunda el asar y la zirimera. Parecía arrastrado ese “don de la juventud”, de que habla Alonso y nada como el experimento y trabajo en palabras la nostalgia evocadora de los muelles y el canto del viento en las jarcas.

Por eso, por esta capacidad de imaginar y volar, rechazaba el encierro entre paredes de adobe y tipificación paisajista que contribuía al crecimiento literario de la época.

Imagistas y criolistas

Larga fue la batalla entre los bandos, partidario uno de un patriotismo literario apogado al rincón puerteno y el otro de la imaginación libertaria. Si el sangre no llegó al río, corrió en cambio a raudales la tinta, y Salvador Reyes, por primera y única vez, intervino en una polémica literaria. Mientras Manuel Vial —siguiendo al famoso crítico Oreste Izquierdo— exclamaba: “¿Qué alegría, qué entusiasmo nos demuestra el crítico, cuando algún escritor ha interpretado, a su juicio, exacta y bellamente la naturaleza y el alma nacionales?”, responde Salvador Reyes: “A la novela chilena le falta juventud, emoción, dinamismo. No se ha creído aquí todavía un personaje adolescente de vida propia. Tal vez esto se

deba a que se ha dado mucha preferencia al ambiente, acumulando detalles sin interés y despreciando la acción capaz de revelar un tipo, un carácter”.

El lo intenta. Y lo crea. Sus personajes viven; podríamos verlos por las calles, como a esa portentosa Mónica Sanders que alguna vez todos hemos conocido, acaso al fregar de la saponada, junto al muy real e histórico capitán Ojal Chentimón, del Buque Salvadora.

No le apasionaban los debates ni el doctrinario literario. Tal vez lo salvaba de eso el antecesor humorístico que a veces afloraba en la libre conversación. Cierta vez, ya anclado definitivamente en una oficina del Ministerio de Relaciones Exteriores, conversa con un amigo —que puede ser Alejandro Magariño—, junto a una jarra de café:

—¿Cómo estabas de nuevo, Salvador, la playa, el mar, las navegaciones, el amor?

—No, hombre! A mí me gusta la ciudad, la casa, el humo, la papa. Me aburre la naturaleza.

—Pero, cómo se explica, entonces, aquello del “último pirata”, la “ruta de sangre”, las aventuras de corsario, la fiereza de la Costa...

—Imaginismo, hombre, puro imaginismo.

El desencantado

Lo entrevista la escritora Magdalena Peris: —“¿Dígame, Salvador Reyes, ¿cuál es su animal favorito?”

—La tortuga.

—¿Vaya! Conque la tortuga... ¿Y por qué?”

—Soy por suerte.

—Salvador Reyes, usted es un escéptico!”

—Tal vez...

Escéptico. Desencantado. Nostálgico. Lo ha dicho en un pirado clave de *Las banderas del puerto*: “En esos muelles saltereros y junto a esas embarcaciones dormidas fue tal vez donde trabé mis primeras relaciones con la lejanía y la soledad, que tan felices compensaban iban a serme a través de los años”.

Y lo reitera en *El continente de los hombres*

además, el más bello libro que se haya escrito sobre la “Antártica famosa”: “¿Quisiera volver? me pregunta una vez a mi lado. Si quisiera volver, quisiera poder volver a todas partes; volver siempre; no dejar nunca de saborear la tierra, los mares, los cielos, las ciudades, todo lo que forma este mundo deslumbrante. Lo más delicioso que puede dar la vida es eso: partir sabiendo que se va a volver, volver sabiendo que se va a partir”.

El escritor en su obra

Hace veintiocho años que partió “con toda la luz salada por la nostalgia del mar” —podría decir con García Lorca—. “No hay regreso ahora”.

El escritor, el artista, tiene una forma ya no de regresar, sino de permanecer. Su adscripción es una dominación, pero para nosotros los que vamos quedando. El autor está aquí, ya entusiasta, ya desencantado —como algunos de sus personajes—, hablando en sus páginas de esa gran aventura que fue su vida, la propia y la literaria.

Podemos andar, por las calles de Valparaíso, junto a Mónica Sanders, bajar a las profundidades del mar, en acto de amor, con El matador de tilamones, vivir una milagrosa Navidad en La Nochebuena de los vagabundos; recorrer por los ocultos una Ruta de sangre, con esos piratas que llenaron de aventura nuestra adolescencia, sentir que Valparaíso es Puerto de nostalgia y Piel nocturna que insuave y despierta.

Y, sobre todo, experimentar en esos libros la presencia de Salvador Reyes, que sigue entre nosotros, como el mar que amó y cantó, entre las tripulaciones del ensueño y la fantasía.



Palacio Wulff, en Villa del Mar, donde se conserva una suntuosa colección de manuscritos y objetos personales de Salvador Reyes.



Salvador Reyes junto al escritor Blaise Cendrars.

NOVELA



Ruta de Sangre

Salvador Reyes, Empresa Editora Zig-Zag, Santiago, 1968. 198 páginas.

QUIENES comparten el amor de Salvador Reyes por el mar y sus piratas celebrarán la edición de esta obra con entusiasmo.

Ruta de sangre (1975) no es una gran novela y, desde luego, no es el mejor libro de su autor, pero trae una ráfaga de aire salado a la literatura atmosférica de cierta narrativa que insiste en ocuparse de “héroes” urbanos con angustias clausrofóbicas, síndrome de desencanto o crisis de climaterio.

Sin distinción de edad, los personajes de Reyes quieren apurar el trago de la vida estreñida a la aventura con un furor irrefragable,

cierto, a rubro salvaje. Sus víctimas son los habitantes de La Serena, Iquique y Arica, mueren, corren de la Corona española; demasiado adormecidos en la tierra colonial como para oponer resistencia a los sanguinarios “ladrones del mar”, capitaneados por Bartholomé Sharp y controlados en el saqueo de Panamá y las Antillas.

Roberto de Guzmán, un muchacho capturado en la huida de Copalimbo, es testigo de la vida a bordo de la nave corsaria. Aunque recubierto con azules, queda fascinado por esta existencia sin planes ni ataduras, la única “vida peligrosa” posible a fines del siglo XVII. No tarda, sin embargo, en percibir las grietas al interior de esta comunidad de hombres libres —la Hermandad de la Costa—, tan dominada por la ambición como cualquier sociedad de tierra firme: morales, intrigas y fricciones son moneda

corriente cuando no aparece por ninguna parte el tesoro prometido.

En *Ruta de sangre*, la prima de Salvador Reyes oscila entre el realismo y la idealización romántica, interpolando eficaces recuerdos sobre las expediciones en el Caribe, que aligera la cabeza chelida frente a las costas del Pacífico. El relato alcanza momentos notables cuando el narrador describe escenas bélicas, como la despiadada resistencia de Arica. Elemental, hermosa y hasta contradictoria, la psicología de los personajes paga un alto tributo a la acción. Como en toda novela oceánica, los verdaderos protagonistas son los arquetipos del Hombre y el Mar, y el encuentro angustioso entre las violencias de ambos.

Pedro Pablo Guerrero

Salvador Reyes, tripulante del sueño [artículo] Hernán Poblete Varas.

Libros y documentos

AUTORÍA

Poblete Varas, Hernán, 1919-2010

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Salvador Reyes, tripulante del sueño [artículo] Hernán Poblete Varas.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile